

DÍA 24; HORA 10:00
SALÓN DE ACTOS

**Ponencia: ¿CUÁN LARGO ES EL CAMINO QUE NOS QUEDA? LA
SITUACIÓN ECUMÉNICA UN CUARTO DE SIGLO
DESPUÉS DE UUS**

**Autor: Emmo. y Rvdmo. Sr. Kurt Koch
Pontificio Consejo para la Promoción de la
Unidad de los Cristianos
(Vaticano - Italia)**

1. Lucha apasionada por la unidad de la Iglesia

¿Cuán largo es el camino “que aún nos queda por recorrer”, o más exactamente: “¿qué nos separa aún de ese bendito día en que se alcanzará la plena unidad en la fe y podremos celebrar juntos y de común acuerdo la Santa Eucaristía del Señor?” Con esta pregunta, el Papa Juan Pablo II abre su encíclica sobre el ecumenismo, *Ut unum sint*, que publicó hace un cuarto de siglo. Esta conmemoración merece una atención especial no solo porque es la primera vez en la historia que un Papa escribe una encíclica exhaustiva sobre el ecumenismo, sino también porque ha sido una importante preocupación del Papa, treinta años después del Concilio Vaticano II, reafirmar su compromiso con el movimiento ecuménico y recordar su importante texto magisterial sobre el ecumenismo, *Unitatis redintegratio*, en la convicción con la que el Papa Juan Pablo II abre su encíclica *Ut unum sint*. El Papa Juan Pablo II abre su encíclica afirmando: “Con el Concilio Vaticano II, la Iglesia católica se ha comprometido irre-

versiblemente a emprender el camino de la búsqueda del ecumenismo, escuchando al Espíritu del Señor que nos enseña a leer atentamente los «signos de los tiempos».

Esta convicción muestra que el Papa Juan Pablo II estaba fuertemente influenciado en su compromiso ecuménico por el Concilio Vaticano II, en el que él mismo participó como cardenal, que vivió como un hito en la renovación de la Iglesia, que para él tenía “algo de la fiesta de Pentecostés”, que apreciaba como un gran regalo para la Iglesia y que representaba para él la brújula segura “para orientarnos en el camino del siglo que ahora comienza”. La influencia del Concilio en el cardenal Karol Wojtyła se manifiesta también en sus esfuerzos por aplicarlo en la diócesis de Cracovia (Polonia), que le fue confiada en su momento, y en su “Estudio sobre la realización del Concilio Vaticano II”, con el significativo título de “Fuentes de renovación”, en el que hizo hincapié en el ecumenismo: “El surgimiento de la actitud ecuménica y su desarrollo ordenado son, según la enseñanza del Concilio Vaticano II, uno de los principales signos y al mismo tiempo una de las pruebas de la renovación de la Iglesia”.

Una razón aún más profunda del compromiso ecuménico del Papa Juan Pablo II habrá que percibirla en su convicción de que, tras el primer milenio de la historia cristiana, que fue el tiempo de la Iglesia indivisa, y tras el segundo milenio, que provocó profundas divisiones en la Iglesia, tanto en Oriente como en Occidente, el tercer milenio tendrá la gran tarea de restaurar la unidad perdida. El Papa Juan Pablo II expresó esta esperanza ya en 1994, en su libro (escrito personalmente) *Cruzando el umbral de la esperanza*, en vista de la conmemoración de los dos mil años del nacimiento de Jesucristo, con las conmovedoras palabras: “Como mínimo, debemos acercarnos al año 2000 en mayor unidad y con mayor disposición; debemos estar preparados en mayor medida para seguir el camino de esa unidad por la que Cristo oró en la víspera de su pasión. El valor de esta unidad es enorme.

Se trata, en cierto sentido, del futuro del mundo; se trata del futuro del Reino de Dios en el mundo”.

El Papa Juan Pablo II también vivió su ministerio como Obispo de Roma con esta convicción. Desde el primer día de su pontificado, se comprometió con el acercamiento ecuménico entre los cristianos, entendió desde el principio su servicio a la unidad más allá de la Iglesia católica, también como un servicio a la mayor unidad ecuménica de todos los cristianos, y declaró la tarea ecuménica como una de sus prioridades pastorales. Pues se ha convencido de que el ministerio encomendado al sucesor de Pedro es el de la unidad y que encuentra “su explicación muy especial” en el ámbito del ecumenismo. En esta actitud fundamental, el Papa Juan Pablo II en su encíclica *Ut unum sint*, dedicó una reflexión clarividente al ministerio de la unidad, confiado de manera especial al Obispo de Roma, e invitó a toda la comunidad ecuménica a entablar con él un “diálogo paciente y fraterno” (sobre el primado del Obispo de Roma), con el fin de encontrar una forma de ejercicio del primado “que, sin renunciar en absoluto a lo esencial de su misión, se abra a una nueva situación”, más precisamente que “sea capaz de realizar un servicio de amor reconocido por unos y otros”.

En fidelidad al Concilio Vaticano II, fue también una importante preocupación del Papa Juan Pablo II consolidar en el Derecho canónico la eclesiología del Concilio y, por tanto, también la obligación de toda la Iglesia a participar en el movimiento ecuménico. Por ello, quiso poner en relación la eclesiología conciliar con la codificación del Derecho eclesiástico universal, también y especialmente en lo que se refiere a la responsabilidad ecuménica. Para él, el objetivo de restaurar la unidad de los cristianos fue uno de los motivos decisivos para la promulgación del nuevo *Codex Iuris Canonici* en 1983 y del *Codex Canonum Ecclesiarum Orientalium* en 1990, ambos contienen un compromiso legal explícito de la Iglesia Católica de participar en el movimiento ecuménico.

La encíclica *Ut unum sint* del Papa Juan Pablo II es uno de sus muchos esfuerzos ecuménicos. Como su estrecho colaborador, el cardenal Joseph Ratzinger juzgó que el Papa Juan Pablo II había puesto en conocimiento de la Iglesia, con “toda la pasión de su voluntad ecuménica”, la “búsqueda de la unidad de los bautizados según el mandato del Señor, según la lógica interna de la fe enviada al mundo por Dios como fuerza de unidad”. Justificó este compromiso con las siguientes palabras: “Desde el principio, el Papa sintió la división de la cristiandad como una violación que le afectaba muy personalmente, hasta el punto de sufrir físicamente”; y por ello consideró que era “su tarea hacer todo lo posible para lograr un giro hacia la unidad”. Por eso puso toda su pasión ecuménica en este texto”.

2. Perspectivas ecuménicas de *Ut unum sint* en la situación actual

Sin esta preocupación personal por el ecumenismo, no se pueden entender los grandes esfuerzos ecuménicos del Papa Juan Pablo II en general y su encíclica *Ut unum sint* en particular. Ahí también radica su pertinencia y desafío permanentes. Porque así como no puede haber verdadero amor entre nosotros, los seres humanos, sin sufrimiento y dolor, tampoco podemos volver a encontrar la unidad entre nosotros, los cristianos, sin la dolorosa conciencia del trauma de las divisiones en la Iglesia. Sin dolor por la desunión, el ecumenismo no es un camino irreversible, como entendió y quiso el Papa Juan Pablo II. En esta consternación, hoy se nos plantea de nuevo la cuestión de lo largo que todavía es ese camino. Abordemos esta cuestión considerando los aspectos y perspectivas más importantes de la encíclica *Ut unum sint* y preguntémosnos cómo se percibe en la situación ecuménica actual.

- a. Redescubrimiento de la fraternidad y búsqueda de la unidad

Entre los frutos de los esfuerzos ecuménicos, el Papa Juan Pablo II enumeró en primer lugar la “fraternidad redescubierta”. Esto se refleja principalmente en el hecho de que los cristianos pertenecientes a diferentes comunidades eclesiales ya no se consideran extraños o incluso enemigos, sino que se ven como hermanos y hermanas, que los cristianos se han “convertido a un amor fraternal que abarca a todos los discípulos de Cristo”, y que la “fraternidad universal” de los cristianos se ha convertido en una “firme convicción ecuménica”.

En la fraternidad redescubierta, el Papa Juan Pablo II percibe de manera especial los frutos de los diálogos ecuménicos, que analiza y elogia detalladamente en la segunda parte de su encíclica. En efecto, los encuentros significativos, las visitas recíprocas y las numerosas conversaciones entre las distintas Iglesias han dado lugar a una red de relaciones amistosas que constituyen la sólida base de los diálogos ecuménicos. Mientras tanto, la Iglesia católica ha llevado y sigue llevando a cabo estos diálogos con casi todas las Iglesias cristianas y Comunidades eclesiales: Empezando por la Iglesia Asiria de Oriente y las Iglesias Ortodoxas Orientales, como los coptos, armenios y sirios, pasando por las Iglesias Ortodoxas de tradición bizantina y eslava, por las Iglesias y Comunidades eclesiales surgidas de la Reforma, como los luteranos y reformados y la Comunión Mundial Anglicana, por los veterocatólicos y las diversas Iglesias libres, hasta las Comunidades Evangélicas y Pentecostales, que han crecido enormemente, sobre todo en el siglo XX y principios del XXI. De estos diálogos podrían obtenerse muchos frutos positivos, como los que presenta el cardenal Walter Kasper en su libro “Cosechar los frutos”.

Con todos estos resultados positivos, sin embargo, no debe ocultarse que aún no se ha alcanzado el objetivo real del ecumenismo, que el Papa Juan Pablo II formuló así: “El objetivo último del Movimiento Ecuménico es el restablecimiento de la plena unidad visible de todos los bautizados”. Esto

aborda lo que sin duda es el punto más difícil y delicado de la situación ecuménica aún hoy, que consiste más precisamente en que en el movimiento ecuménico aún no se puede establecer un consenso realmente sostenible sobre su objetivo. El reto elemental es ser diagnosticado en esta doble situación: Por un lado, en las fases anteriores del movimiento ecuménico se pudieron alcanzar consensos gratificantes y de gran alcance sobre muchas cuestiones individuales, hasta entonces discutidas, de la comprensión de la fe y de la estructura teológica de la Iglesia. Por otro lado, sin embargo, la mayor parte de los restantes puntos de diferencia se concentran en la comprensión, todavía diferente, de la unidad de la propia Iglesia. Es en esta doble situación donde hay que percibir la verdadera paradoja del movimiento ecuménico actual, que, con el obispo Paul-Werner Scheele, se puede plasmar en el diagnóstico: “Hay acuerdo sobre la unidad y desacuerdo sobre el qué de esa unidad.

Esta situación paradójica tiene una razón esencial en el hecho de que las concepciones de la Iglesia y de su unidad, muy diferentes entre sí desde el punto de vista confesional, siguen sin conciliarse. Dado que cada Iglesia y comunidad eclesial tiene y realiza su concepto específico de su ser Iglesia y de su unidad, se esfuerza por trasladar esta concepción confesional también al nivel de la meta del movimiento ecuménico, de modo que existen básicamente tantas concepciones ecuménicas de la meta como eclesiologías confesionales. Esto significa que la falta de comprensión sobre el objetivo del Movimiento Ecuménico tiene su origen, no en vano, en una falta de comprensión ecuménica generalizada sobre la naturaleza de la Iglesia y su unidad.

Sin embargo, para aclarar el problema, bastan algunas referencias: La Iglesia católica, junto con las Iglesias ortodoxas, se aferra al objetivo común original de la unidad visible en la fe, en los sacramentos y en los oficios eclesiásticos. En cambio, bastantes de las iglesias y comunidades eclesiales

surgidas de la Reforma han abandonado en gran medida esta idea de unidad y la han sustituido por el postulado del reconocimiento mutuo de las distintas realidades eclesiales como iglesias y, por tanto, como partes de la única Iglesia de Jesucristo.

Esta redefinición del objetivo ecuménico en la perspectiva protestante ha encontrado, sin duda, su expresión más clara en el Acuerdo de Leuenberg concluido en 1973, que hizo realidad el modelo protestante de comunidad eclesiástica que se entiende conscientemente como una comunidad de iglesias confesionalmente diferentes. Ya que las iglesias surgidas de la Reforma ven en el Acuerdo de Leuenberg no solo el modelo de unidad para los protestantes, sino también el modelo de relaciones ecuménicas con otras iglesias cristianas, sobre todo con la Iglesia Católica, También será tarea del recién previsto diálogo ecuménico entre el Consejo Pontificio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos y la Comunidad de Iglesias Protestantes en Europa (CPCE) examinar si el Acuerdo de Leuenberg puede servir también como modelo de unidad ecuménica en el diálogo con la Iglesia católica, y en qué medida. Hasta ahora, en todo caso, no se ve cómo el pluralismo eclesiológico favorecido en el protestantismo actual puede conciliarse con los principios católicos del ecumenismo.

Este diálogo, si ha de tener éxito, implica una aclaración ecuménica de la comprensión de la iglesia y la unidad. Una vía útil en este sentido es el estudio teológico de la Comisión de Fe y Constitución del Consejo Mundial de Iglesias titulado “La Iglesia. Hacia una visión común”. Se esfuerza por lograr una “visión global, multilateral y ecuménica de la naturaleza, el propósito y la misión de la iglesia” y puede considerarse una valiosa declaración eclesiológica *in via* desde una perspectiva ecuménica. Sin embargo, ni siquiera este estudio, ciertamente encomiable, es capaz de conducir la comprensión teológica sobre la mayoría de las cuestiones

eclesiológicas hasta ahora controvertidas, más allá de la formulación de cuestiones que siguen abiertas. La aclaración ecuménica de lo que es la Iglesia y de cómo debe pensarse y realizarse su unidad resulta, por tanto, un serio desiderátum que urge abordar para alcanzar un nuevo consenso sobre el objetivo del movimiento ecuménico. De lo contrario, existe el peligro de que las diferentes iglesias avancen en direcciones diferentes y luego tengan que descubrir que se han alejado aún más que antes.

Para evitar este peligro, conviene reapropiarse y profundizar en las convicciones básicas del decreto conciliar sobre el ecumenismo *Unitatis redintegratio* y en la carta encíclica del Papa Juan Pablo II que las recuerda, y que nos animan a mantener viva la cuestión de la unidad con amable persistencia. Porque sin la búsqueda de la unidad, la fe cristiana se abandonaría a sí misma, como expresa con deseable claridad la Carta a los Efesios: “Un solo cuerpo y un solo Espíritu, así como por vuestra vocación se os ha dado también una esperanza común; un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo, un solo Dios y Padre de todos, que está sobre todos, actúa por medio de todos y está en todos” (Ef 4,4-6). Dado que la unidad es y sigue siendo una categoría fundamental de la fe cristiana, los cristianos deben tener la valentía y la humildad de mirar a los ojos la molestia aún existente de una cristiandad dividida y reencontrar la unidad perdida de la Iglesia.

b. El bautismo como fundamento del ecumenismo cristiano

Volvamos, pues, al redescubrimiento de la fraternidad en el ecumenismo. También es importante para el Papa Juan Pablo II, porque para él no es simplemente la “consecuencia de un filantropismo liberal o de un vago espíritu de familia”, sino que está enraizado en el “reconocimiento del único bautismo y en la consiguiente necesidad de que Dios sea glorificado en su obra”. El reconocimiento mutuo del bautismo va

“mucho más allá de un acto ecuménico de cortesía”, sino que representa una “declaración eclesiológica fundamental”.

Por ello, el Movimiento Ecuménico se ha esforzado desde el principio por entender el bautismo común como punto de partida y fundamento de todos los esfuerzos ecuménicos. El bautismo común constituye, pues, la puerta de entrada al Movimiento Ecuménico, que se ocupa de la restauración de la comunión eclesial vinculante en el sentido de la unidad visible de la Iglesia y de la reanudación de la comunión eucarística. El bautismo y su reconocimiento mutuo representan tanto el dato fundamental de todo esfuerzo ecuménico que el ecumenismo cristiano debe ser y es en su núcleo más íntimo “ecumenismo bautismal”.

El reconocimiento mutuo del bautismo, que se ha ratificado entretanto con numerosos acuerdos entre los interlocutores ecuménicos, ha promovido significativamente el desarrollo y la profundización de una espiritualidad bautismal común. Sin embargo, todavía no se puede hacer una observación análoga con respecto a la práctica eucarística, aunque se pueden señalar importantes convergencias en la comprensión de la Eucaristía. Una razón esencial de esta diferencia radica en la diferente comprensión de la relación entre el bautismo y la Eucaristía: para las iglesias de la Reforma, el bautismo y su reconocimiento mutuo constituyen la base decisiva para la invitación a la Cena del Señor y para su comprensión de la comunión. En cambio, la Iglesia católica ve una diferencia no despreciable entre el bautismo y la eucaristía. El decreto ecuménico *Unitatis redintegratio* considera, por un lado, que el bautismo es la base para que todos los cristianos pertenezcan a la Iglesia, cuando subraya: “Quien cree en Cristo y ha recibido el bautismo de forma correcta, se encuentra por ello en una comunión cierta, aunque no perfecta, con la Iglesia católica”. Entre todos los que nacen de nuevo por el bautismo, el bautismo establece, por tanto, “un vínculo sacramental de unidad”. En este sentido, el reconocimiento

mutuo del bautismo muestra que, a pesar de todas las divisiones que aún existen, ya hay una comunión fundamental, lo que a su vez expresa que las divisiones no han llegado a la raíz. Por otra parte, el Decreto sobre el ecumenismo subraya también que el bautismo no es más que “un comienzo y un punto de partida”, ya que toda su naturaleza se orienta hacia “la consecución de la plenitud de vida en Cristo” y se ordena “hacia la plena confesión de la fe, hacia la plena incorporación al acontecimiento salvífico tal como lo quiso Cristo y, finalmente, hacia la plena inserción en la comunión eucarística”.

El vínculo común del bautismo otorga así una comunión fundamental pero imperfecta. El bautismo es el vínculo de la unidad y la base de la comunión; pero está ordenado a la confesión común de la fe apostólica y a la celebración de la Eucaristía. Por tanto, solo la comunión eucarística es la auténtica expresión de la comunión eclesial, que incluye también el ministerio y concretamente la comunión de los obispos. Aquí aparece la razón real de que, en opinión de la Iglesia católica, el bautismo y su reconocimiento mutuo no pueden constituir todavía una base suficiente para la comunión eucarística, como por ejemplo el teólogo católico Gisbert Greshake expresa claramente esta convicción: “Por lo tanto, para la comprensión católica, tampoco puede haber una celebración común (litúrgica) de la Eucaristía (“comunión de la Cena del Señor”) que no signifique *eo ipso* también una unidad eclesial concreta”. Dado que, según la visión católica, el objetivo real y último de la Eucaristía es la unidad del cuerpo de Cristo, que se realiza en la Eucaristía y a través de ella por Cristo, y dado que posteriormente la comunión eucarística debe entenderse y realizarse no solo personalmente como la participación de los creyentes en Cristo crucificado y resucitado, sino también eclesialmente como la comunión de los creyentes entre sí en Cristo, no puede haber comunión eucarística sin comunión eclesial. Por ello, el cardenal Karl Lehmann ha advertido, con razón, de “disolver una cierta

armonía y unión de la unidad eclesial y la comunión en la Cena del Señor y, por así decirlo, fragmentarla”; y sacó la consecuencia: “La comida común debe estar al final y no al principio de los esfuerzos ecuménicos”.

Desde una perspectiva católica, es esta eclesiología eucarística la que establece la inseparabilidad de la comunión eucarística y la unidad confesional eclesial. La definición subyacente de la relación entre el bautismo y la eucaristía permite, pues, definir con precisión el lugar del ecumenismo en la actualidad. Se detiene entre la comunión fundamental en el vínculo sacramental del bautismo, por un lado, y la comunión aún no posible en la Eucaristía, por otro. Este sentido del lugar obliga a todos los cristianos e iglesias a madurar en el acercamiento ecuménico sobre el fundamento común del bautismo y a considerar las implicaciones y consecuencias eclesiológicas del mismo para que llegue ese “bendito día”, también anhelado por el Papa Juan Pablo II, “en el que se alcanzará la plena unidad en la fe y podremos celebrar juntos la santa Eucaristía del Señor en un mismo acuerdo”. El hecho de que esto todavía no sea posible hoy es una herida profunda en el Cuerpo de Cristo, a la que no debemos resignarnos, pero que tampoco debemos explicar. Porque sangra por la verdad de la fe y nos desafía a seguir con constancia el camino de la recuperación de la única Iglesia de Jesucristo.

c. Profundización del ecumenismo espiritual y de la comunidad de mártires.

Esta definición ecuménica del lugar incluye también la conciencia de los cristianos de diferentes iglesias que hoy tienen que sufrir el bautismo de sangre, el martirio. Porque al final del segundo milenio y al principio del tercero, el cristianismo se ha convertido de nuevo en una iglesia de mártires a una escala incomparable. Hoy hay más mártires cristianos que incluso en los primeros siglos. El 80% de las personas perseguidas por su fe son cristianos. Sin embargo, todas las iglesias

y comunidades eclesiales cristianas tienen sus mártires. Los cristianos de hoy no son perseguidos por pertenecer a una determinada denominación cristiana, por ser ortodoxos o católicos, luteranos o anglicanos, sino por ser cristianos. El martirio hoy es ecuménico, y hay que hablar de un verdadero ecumenismo de los mártires.

El ecumenismo de los mártires estaba particularmente cerca del corazón del Papa Juan Pablo II, que le prestó especial atención en su encíclica ecuménica *Ut unum sint*. Porque en ella —a pesar de toda la tragedia de las persecuciones a los cristianos— vio también un mensaje positivo y en ella percibió ya una unidad fundamental entre los cristianos: mientras que los cristianos y las iglesias de esta tierra todavía estamos en una comunión imperfecta entre nosotros, los mártires en la gloria celestial ya viven en una comunión plena y perfecta. Porque la sangre que los mártires derramaron por Cristo hoy no nos separa a los cristianos, sino que nos une. Al igual que la Iglesia primitiva estaba convencida de que la sangre de los mártires es semilla de nuevos cristianos (*Sanguis martyrum semen Christianorum*), también nosotros podemos vivir hoy con la esperanza de que la sangre de tantos mártires de nuestro tiempo sea un día la semilla de la plena unidad ecuménica del único cuerpo de Cristo herido por tantas divisiones. Podemos estar convencidos de que los cristianos ya somos uno en la sangre de los mártires. El ecumenismo de los mártires, que encuentra una buena continuación con el Papa Francisco en el “ecumenismo de la sangre”, se muestra sin duda como la figura más creíble del ecumenismo actual.

El ecumenismo de los mártires del Papa Juan Pablo II está al mismo tiempo relacionado con la exhortación a continuar y profundizar en el ecumenismo espiritual que el Concilio Vaticano II llamó “el alma de todo el movimiento ecuménico”, con la clara conciencia de que la oración por la unidad debe estar en el centro de todo esfuerzo ecuménico. Porque con la oración expresamos nuestra convicción de fe de que la unidad

de la Iglesia no puede lograrse (en primer lugar y ciertamente no) con nuestros solos esfuerzos, y que no podemos hacer la unidad nosotros mismos ni decidir su forma y su tiempo. Solo podemos permitir que el Espíritu Santo nos dé la unidad, y la mejor preparación para ello es la oración por la unidad. Según el Papa Juan Pablo II, la oración debe estar presente en la vida de la Iglesia y en toda actividad que tenga como objetivo la unidad de los cristianos: “Es como si nos reuniéramos una y otra vez en el Cenáculo del Jueves Santo, aunque nuestra presencia común en ese lugar esté todavía a la espera de su perfecto cumplimiento, hasta que, tras superar los obstáculos que se interponen a la perfecta comunión eclesial, todos los cristianos se reúnan en la única Eucaristía”.

Esto deja claro al mismo tiempo que para el Papa Juan Pablo II la búsqueda ecuménica de la unidad de la Iglesia es profundamente cristológica. Porque en la vida de Jesús, la unidad está “en el centro de su actividad” y, por tanto, debe estar también en el centro de la comunión de la Iglesia fundada por Jesús, como subraya el Papa con estas contundentes palabras: “Crear en Cristo es querer la unidad; querer la unidad es querer la Iglesia; querer la Iglesia es querer la comunión de gracia que corresponde al proyecto del Padre desde la eternidad. Este es, pues, el sentido de la oración de Cristo: *Ut unum sint*”.

Profundizar y renovar esta convicción cristológica de la fe es un reto ecuménico especial de cara al año 2025, cuando celebraremos el 1700 aniversario del Concilio de Nicea, el primer Concilio de la historia de la Iglesia, y su confesión de Jesucristo como Hijo de Dios, que es “consustancial al Padre”. La importancia ecuménica de esta confesión de fe no puede ser sobreestimada. En efecto, la recuperación de la unidad de la Iglesia exige un acuerdo sobre el contenido esencial de la fe, no solo entre las Iglesias y Comunidades eclesiales actuales, sino también un acuerdo con la Iglesia del pasado y, sobre todo, con su origen apostólico. Por lo tanto, la Confesión Cris-

tológica de Nicea está relacionada de manera especial con una pretensión de validez eclesiástica universal. Ya fue recibida por la Iglesia primitiva como vinculante para todos los cristianos y, por tanto, representa el vínculo ecuménico más fuerte de la fe cristiana. Por lo tanto, es muy de desear que el 1700 aniversario sea celebrado conjuntamente por todas las Iglesias cristianas y Comunidades eclesiales y reapropiado en la comunión ecuménica.

3. Nuevos retos en la situación ecuménica actual

A la luz de esto, para concluir, hay que señalar dos desarrollos en la situación ecuménica actual que aún no han sido mencionados en la encíclica del Papa Juan Pablo II, o a lo sumo solo de pasada, pero que han pasado cada vez más a primer plano en las últimas décadas.

a. Cambio de la geografía del cristianismo y nuevos socios ecuménicos

Tras la publicación de la encíclica ecuménica del Papa Juan Pablo II, la geografía mundial del cristianismo ha cambiado aún más y más profundamente, especialmente por la aparición de nuevos interlocutores ecuménicos. Este fenómeno encuentra una confirmación significativa en el rápido y numérico crecimiento de los movimientos evangélicos y pentecostales. El pentecostalismo es ahora la segunda comunidad cristiana más grande después de la Iglesia Católica. Se trata de un fenómeno de tal expansión que hay que hablar de una pentecostalización actual del cristianismo, o bien se puede inclinar a percibir en él una cuarta forma de ser cristiano e iglesia, a saber, junto a las iglesias ortodoxas y ortodoxas orientales, la Iglesia católica, y las iglesias y comunidades eclesiales surgidas de la Reforma.

Por lo tanto, es fácil comprender que el diálogo teológico con estos nuevos movimientos se desarrollará de manera dife-

rente y con énfasis temáticos distintos que con las iglesias históricas de la Reforma. Debe bastar con señalar un punto esencial: El poder de las comunidades pentecostales debe percibirse, sin duda, en su conciencia evangelizadora fuertemente desarrollada, de la que las iglesias históricas principales podrían ciertamente aprender. Estos últimos harían bien en hacer una autocrítica de por qué no pocos creyentes dejan sus iglesias y se pasan a estos movimientos. Por otra parte, no deben caer en la tentación de adoptar los métodos de evangelización, en parte dudosos, de estos movimientos, en los que la tentación más elemental es degradar el Evangelio cristiano en una muy problemática “Teología de la prosperidad”, una promesa económica de felicidad, con la que la opción cristiana por los pobres se convierte prácticamente en su contrario. El reto en el encuentro ecuménico con los movimientos pentecostales tendrá que ser, por tanto, que la evangelización atractiva se lleve a cabo en comunión ecuménica y sin ningún proselitismo, ya que el ecumenismo y la misión solo van unidos indisolublemente de esta manera, que una iglesia misionera debe ser también una iglesia ecuménicamente comprometida, y que una iglesia ecuménicamente comprometida es el requisito previo para una iglesia misionera.

En relación con la aparición de nuevos interlocutores ecuménicos hay otro reto sobre el que llama la atención, como apunta el historiador de la Iglesia protestante Christoph Marksches: “ahora hay tantas personas implicadas en el movimiento ecuménico que los objetivos, que ya eran diferentes en un principio, se han pluralizado aún más simplemente por la cantidad de personas cristianas interesadas en el ecumenismo”. Por otra parte, el grato hecho de un fuerte aumento de nuevos interlocutores ecuménicos ha conducido a un nuevo aumento de la pluralización de los objetivos ecuménicos ya señalados anteriormente. Esto hace que la búsqueda de un consenso sostenible sobre el objetivo del movimiento ecuménico sea urgente una vez más.

b. Controversias ecuménicas en ética y antropología

En los diálogos ecuménicos actuales hay que percibir otro gran desafío, que en el fondo es que en los últimos años y décadas han surgido enormes divergencias y tensiones en el campo de la ética. Esto señala un cambio serio en la situación ecuménica: En las primeras fases del movimiento ecuménico, el lema era que la fe dividía a los cristianos, mientras que sus acciones y la ética que las guiaba los unía. Mientras tanto, este lema se ha invertido, por así decirlo, de forma bastante paradójica. Si bien los diálogos ecuménicos anteriores han logrado superar en gran medida las antiguas diferencias confesionales de fe o, al menos, acercarlas, hoy en día han surgido diferencias no despreciables en el ámbito de la ética, principalmente en las cuestiones de bioética al principio y al final de la vida humana, por un lado, y en los problemas éticos del matrimonio, la familia y la sexualidad, especialmente en el horizonte de la actual corriente de género, por otro.

Sin duda, estos acontecimientos suponen un reto especial para el ecumenismo cristiano actual. Es de agradecer que este reto empiece a ser reconocido y percibido en los debates ecuménicos. Así lo demuestran, por ejemplo, las “Perspectivas de la ética social ecuménica” elaboradas por teólogos vieneses, el diccionario “Antropología teológica” publicado en la cooperación católica romana y ortodoxa rusa o el estudio “Dios y la dignidad del ser humano”, que es responsabilidad del grupo de trabajo bilateral de la Conferencia Episcopal Alemana y la Iglesia Evangélica Luterana Unida y que intenta mostrar cómo se pueden tratar las divergencias en materia de ética en los diálogos ecuménicos .

Es urgente seguir trabajando en esta dirección. Porque si las iglesias cristianas y las comunidades eclesíásticas no pueden hablar con una sola voz sobre las grandes cuestiones éticas de la vida humana y la convivencia social, la voz cristiana será cada vez más débil en las sociedades secularizadas, es-

pecialmente en Europa; y esto perjudica la credibilidad del ecumenismo dentro del cristianismo, así como en la esfera pública de la sociedad. Por ello, el ecumenismo cristiano debe abordar también las cuestiones éticamente controvertidas y buscar nuevos consensos. Y puesto que cada vez es más evidente que detrás de las diferencias éticas se encuentran sobre todo cuestiones relativas a la imagen del hombre, es probable que una de las principales tareas del ecumenismo actual sea la elaboración de una antropología cristiana ecuménicamente común. Al hacerlo, la percepción de que se trata de un desafío común es cada vez más palpable, ya que en la discusión social actual la antropología cristiana es cuestionada cada vez con más fuerza.

4. Recepción y continuación de *Ut unum sint*

Esta breve y resumida visión de la situación ecuménica actual muestra que, incluso después de un cuarto de siglo desde la publicación de la encíclica *Ut unum sint*, el movimiento ecuménico no ha alcanzado en absoluto su objetivo. Más bien surge la misma pregunta que entonces: “Quanta est nobis via?” –“¿Cuánto dura el camino?”– Sin embargo, la encíclica del Papa Juan Pablo II abordó muchas perspectivas importantes que aún hoy nos preocupan. Por lo tanto, es oportuno y útil percibir los desafíos que enfrenta el ecumenismo cristiano hoy y en el futuro a la luz de la encíclica.

Un reto elemental es que los resultados alcanzados en los diálogos ecuménicos sean recibidos, y de hecho por toda la Iglesia, como subraya específicamente el Papa Juan Pablo II: “No deben permanecer como declaraciones de las comisiones bilaterales, sino que deben convertirse en propiedad común”. Por lo tanto, las comisiones ecuménicas tienen una importante tarea, que es la de preparar consensos ecuménicos en materia de responsabilidad teológica y eclesial de forma tan sólida que puedan ser aceptados por las iglesias. En efecto, los documentos de las comisiones ecuménicas, por muy meri-

torios que sean, no pueden bastar todavía como declaraciones vinculantes de consenso ecuménico. Más bien, solo aquellos documentos que —como la “Declaración Conjunta sobre la Doctrina de la Justificación”— han sido recibidos en las respectivas iglesias y aceptados con autoridad por sus líderes, guiarán el futuro.

El Papa Juan Pablo II asigna una importante responsabilidad a las facultades de teología, que deben ocuparse de la formación ecuménica. Esta es la mejor garantía para que el ecumenismo sea percibido como un deber sagrado hoy y mañana y para que el movimiento ecuménico pueda alcanzar su objetivo, que para el Papa Juan Pablo II es la “restauración de la plena unidad visible de todos los bautizados”. Que la Facultad de Teología de San Vicente Ferrer de Valencia —para el simposio de hoy en colaboración con el Instituto de Estudios Ecuménicos de la Universidad Pontificia de Santo Tomás de Aquino de Roma— se empeñe en esta tarea, lo tomo con gusto y agradezco calurosamente a ambas instituciones.

Con su trabajo, dan testimonio de que no hay absolutamente ninguna alternativa al ecumenismo. Es necesario para la credibilidad de la fe cristiana y la misión de la Iglesia en el mundo actual, corresponde a la voluntad del Señor y es un fruto del Espíritu Santo. Sería poca fe si no se confiara en que llevará a buen término lo que ha iniciado de forma prometedora, es cierto que de la forma y en el momento que quiera. Escucharlo es el mandamiento de la hora ecuménica de hoy. Esto es lo que el Papa Juan Pablo II escribió en su innovadora encíclica *Ut unum sint* para la Iglesia Católica y todo el movimiento ecuménico; y nosotros seguimos comprometidos con esta instrucción hoy.